



editorial

Más supercomputación, por favor

● Europa se desangra tratando de ponerle cataplasmas al déficit y de sujetar la deuda soberana de sus estados miembros. En este concierto de estados desconcertados se está imponiendo el recorte de los gastos como primer mandamiento sin una estrategia definida que asegure el crecimiento y la competitividad. La gran riqueza de la Unión Europea se está convirtiendo en su principal inhibidor. La pluralidad de los países, la diversidad cultural y su 'grandeur' tradicional ya no son valores que se cotizan en estos tiempos donde se impone la premura, el movimiento de cintura y una visión de futuro que garantice poder estar en primera línea ante economías pujantes como la China, Brasil o India.

El caso de la supercomputación es muy ilustrativo en este sentido. Estados Unidos y Japón (China es el gran tapado para una próxima ebullición) están imponiendo un ritmo al que al Viejo Continente le cuesta aguantar, sin menospreciar los avances evidentes que se están realizando desde la plataforma PRACE, un consorcio para la High Performance Computing que aspira a crear la infraestructura europea de supercomputación y donde España tiene

mucho que decir, amén de liderar el proyecto Montblanc desde el Barcelona Supercomputing Center para la creación de un supercomputador de exascale de bajo consumo. También hay que reconocer los logros cosechados por la Red Española de Supercomputación (RES) que ya cuenta con diez nodos distribuidos por Barcelona, Canarias, Valencia, Madrid, Zaragoza, Málaga y Cantabria.

La innovación y el futuro del país se está jugando en el campo de los Teraflops

No obstante, la capacidad europea de alcanzar decisiones rápidas se ve frenada por la necesidad de contentar a todos los interlocutores y tratar de homogeneizar sus distintos modelos. Pero en el caso de España, entra en juego un problema adicional, la cada vez

mayor debilidad de tejido industrial, precisamente el principal consumidor (junto con la ciencia) de las soluciones de HPC. El gran cáncer es que los políticos creen que la supercomputación es algo rayano a la ciencia ficción y que no tiene relación directa con la vida cotidiana de las empresas y de los propios ciudadanos. Craso error. La innovación, la retención del talento y, en suma, el futuro del país se juega en el campo de los Teraflops. Y los dirigentes, en la luna de Valencia.